

El poeta Iglesia Alvariño

Se le ha muerto a Galicia un poeta, y a los gallegos un hombre. Se llamaba Aquilino Iglesias Alvariño, y era una de las más altas y profundas voces de su país; una voz que cantó todos los recuerdos y todos los anhelos. El propio poeta había dicho, que la poesía es un esfuerzo doloroso por el afán de rodear, de llenar, de eternizar las cosas. Esto, unas veces, porque otras es sólo la gracia de sorprender el temblor del ángel que removía la fuente de Silos, sin saber cómo ni cuándo... Iglesia Alvariño pensaba aún, sino se trataría de un juego nunca aprendido, en el que las palabras son algo maravilloso, desprendidas del carril del pensar de cada día.

Venía el poeta de una raíz campesina clara. Nacido en la aldea de Seivane, en la

alta tierra luguesa, aprendió en ella el vivo amor que siempre sintió por la lengua materna. Los estudios que hizo en el seminario mindoniense, lo iniciaron en la formación humanista que había de completar más tarde. Es por entonces cuando se da a conocer, a través de un libro primerizo, *Señardá*. Su canto es aquí, pura oración, fuerte abrazo y renunciamento. Hay en estos sonetos de su juventud, como matiz dominante, una melancolía temblorosa y fina. Y hay también, una angustiada tristeza, un prematuro y cuajado cansancio espiritual. Los medidos versos traducen una profunda nota de saudosismo entrañable.

Pero ésta era la voz juvenil, con la que el poeta entraba en el mundo de la lírica gallega. Después, el tono

de esa voz suena con otros registros. Su vida discurre también por otros ambientes. Abandona, a punto de terminarlos, los estudios de la carrera eclesiástica, y publica su libro quizá más representativo: el que titula *Corazón ao vento*. En sus poemas se entrelazan los caminos de la montaña nativa, los senderos de la noche aldeana, la tristeza infinita y la alegría sublimada de todas las cosas, con su alma abierta a una humilde grandeza. El poeta parece, todo él, un corazón que se deshace en canciones...

Desde las tierras de Abadín, encumbradas y labradoras, el poeta baja a las riberas del mar arosano. Y en Villagarcía comienza una nueva etapa, consagrada al ejercicio de la enseñanza privada. Iglesia Alvariño vive aquí años fecundos, de trabajo y de creación. Las prensas de Buenos Aires le

editan un volumen de versos castellanos: *Contra el ángel y la noche*. Posteriormente, impreso en un modesto taller de la villa de su residencia, aparece la obra de madurez: *Cómaros verdes*.

Pero Iglesias Alvariño no se consagra sólo a la labor creadora. La devoción por los clásicos, la familiaridad con ellos, le inducen a verterlos en el cauce casi virgen de la lengua nativa. Su traducción de los *Carmina* horacianos constituye un bellísimo logro, donde pone a prueba su buen conocimiento del Venusino, tanto como su dominio del idioma gallego.

El autor de *Señardá* se hace ahora catedrático de Instituto. Profesa primero en el de Lugo, y explica después latín en Pontevedra y Santiago. Cuando acaba de doblar la curva del medio siglo, edita, sucesivamente, como si presintiese el fatal

desenlace, tres libros de poemas: *De día a día*, *Nenias*, *Lanza de Soledá*.

Ha conformado ya el poeta, en plenitud, un mundo de limpias resonancias. Por mor de su pura, sensible inteligencia, llega a adquirir el punto exacto de equilibrio que hizo auténtico y vigente su concierto de voces, formas y colores. Poseía, además, el genio de la lengua, de un modo natural, espontáneo, y una incontestable sabiduría formal.

En algunas de sus *Nenias* —las dedicadas a Catulo, a Hölderlin, a Pondal, a Carlos Riba—, Iglesia Alvariño consiguió medulares efectos poéticos. Pero su inspirada expresión se afina más en contacto con el paisaje natal. En un sencillo dístico, nos da esta condensada imagen de los abedules montañeses:

*Pastoriña dos montes, nas caivancas,
ó longo dos regatos, e nas veigas.*

El viento del yermo es medido con la hermosa medida de estos versos:

*Os seus bicos sabían a queirogas,
a rosadas e xestas de Valiño,
con froles e niños de xemexeme.*

Difícilmente encontrará la hora otoñal de nuestra montaña, versión más idónea que la que el poeta logra cuando dice:

*Mirade esta mañá fría, de outono,
cos derradeiros peros no pereiro,
coas primeiras peras regañadas
No é o rechouchío tolo de San Xoán.*

Ni la niebla montañesa más limpia evocación que la que trasciende de esta cariñosa llamada:

*Brétema,
canción noviña,
auga de poema que mana e canta,
ven.*

De la poesía de Iglesia Alvariño puede decirse, entre otras cosas, que jamás se pierde en el aroma. No se

evade el poeta, ni se distrae en el juego de escauceos alusivos. Crea un mundo en cada poema, con el mismo peso grave que fue elegido como medida común de todo un hacer poético: respetando la preclara objetividad que le dio carácter y forma; introduciendo a tiempo, el vendaval de sueño y aspiración que la socaba y la salva; preservando, intacta, toda su angustia y toda su esperanza.

Una profunda sinceridad humana campea en los libros del poeta que acaba de fallecer, prematuramente, en Compostela. De sus páginas trasciende la sustancia de un duro césped de colores frescos, recién nacidos, en la que enraiza la intimista sensibilidad que lo singularizaba. Supo Iglesia Alvariño captar lo penetrantemente incorpóreo, el ánimo misterioso sólo asequible al recio percibir poético. Y supo ex-

presarlo luego, a través de un lirismo puro, con natural lenguaje propio; un lenguaje que surge no con el propósito de destacar el rico vocabulario empleado, sino poniendo éste —con dócil arte— al servicio de la expresión literaria.

La lengua gallega tenía en él, sin duda, a un Maestro singular. Creando y traduciendo, Iglesia Alvariño evidenció este maestrazgo. Pero su amor al idioma lo manifestó también a través de su autorizada labor de lexicógrafo. En una paciente y ardua labor de años, el autor de *Cómaros verdes* papeleteó los textos literarios y los documentos en habla nativa; persiguió obsesivamente el rastro de los vocablos por todas las comarcas del país; los recogió de la voz viva del pueblo, de la paremia y del cantar. En el despacho de su casa santiaguesa, quedaron inéditos in-

gentes rimeros de fichas, el magno tesoro lexicográfico que un día nutrirá el gran Diccionario de la Lengua al que consagró sus fervores.

Aquilino Iglesias Alvariño ha muerto a los 52 años de su edad. Con su muerte ha perdido Galicia a uno de sus

más altos valores contemporáneos. Era un docto profesor, y un poeta tranquilo y recoleto. Su voz tenía un tono, y por eso queda. Era una voz noble, cuyo acento nacía de una vida auténtica, profunda y entrañablemente humana.

SALVADOR LORENZANA

«Nenias», de Aquilino Iglesia Alvariño

Recientemente, con motivo de una encuesta sobre las letras gallegas, se ha manifestado alguna opinión según la cual es hoy, en el romance hispánico noroccidental, más importante la prosa que el verso, la narrativa que la lírica. Sea como quiera, la tradición lírica tiene una solera tan generosa que habría de pasar largo tiempo antes de que cualquier otro género literario alcanzase una significación

superior. La colección «Salnés» trata de servir a esa tradición. Toma su rúbrica de la tierra donde nació y murió Ramón Cabanillas, uno —el último— de los poetas mayores de Galicia. El primer volumen de la colección «Salnés» reúne llantos funerales, canciones de cuna para los muertos, *Nenias*¹, de Aquilino Iglesia Alvariño.

¹ Aquilino Iglesia Alvariño: *Nenias*. Col. Salnés. Vigo, 1961.